

y acuña sonrisas en cantidad suficiente para repartir las excedentes á las bailarinas y á los diplomáticos.

Amalia sabía hacer todo eso y muchas cosas más; Amalia en materia de amor había pasado de la calidad de discípula á la de sinodal.

Para Amalia el amor era un asunto: tenía, como los fabricantes, la materia prima, quiere decir, los hilos: la cuestión para Amalia estaba en saber confeccionar la tela.

¡Dichosos vosotros, varones imberbes, si encontrais corazones que os entreguen el *huso*, la madeja íntegra antes de saberla tejer, porque cuando la mujer sabe tanto como Amalia, estais expuestos á enredaros en la tela, ni más ni menos como la más incauta de las moscas!

Como lo había previsto Amalia, Ricardo acabó por retirarse de pleito.



## CAPÍTULO VII.

DE CÓMO EL ESPIRITISMO PUEDE SER UN  
MAGNÍFICO RECURSO AMOROSO.

**E**L mismo día en que Sánchez cumplía su palabra á los dependientes del almacén de Carlos, Amalia estaba fuera de su casa en conciliábulos con la Chata, y Chona acababa de ver sobre la mesa una carta que le habían llevado.

No sabía quién la había puesto allí, pero no se ocupó de averiguarlo ni tuvo dificultad alguna en figurarse que era de Salvador.

no es más que un eslabón de nuestra vida perenne.

«Aquí en la tierra está usted custodiada por dos espíritus que la preocupan y á quienes cree usted que les pertenece moralmente: uno es Carlos, y otro es el sacerdote con quien ha pensado V. consultar mi amor.»

—Salvador adivina, pensó Chona.

«Me complazco con proporcionarle á usted la satisfacción de que les dé gusto: ame usted á su marido y obedezca á su confesor; lejos de oponerme á esto, sanciono sus resoluciones; cumpla usted su misión con esos señores.

«Esta carta debe preceder á mi visita porque es mi fianza. La adoro á usted, Chona; dentro de poco lo va á oír V. de mis labios.»

Así terminaba la carta.

Chona al acabarla de leer, sintió que su imaginación se perdía en un mundo desconocido, mundo del que le hablaba Salvador con una seguridad que la espantaba; y tomando las ideas de Chona cierta forma de

superstición, sentía á la vez la curiosidad más viva por descifrar aquellos misterios.

—¿Será capaz Salvador, pensaba Chona, de haberse dejado impresionar por el espiritismo y estará perdiendo la cabeza, ó lo que me dice es el resultado de una mistificación real y positiva? Para creerlo loco, debo tener en cuenta su sensatez, su juicio, su experiencia, y por otra parte, lo que me dice tiene no sé qué carácter de verdad que si me espanta, no por eso dejo de sentirla dentro de mí misma.

—Conozco á mi pesar que hay en Salvador algo superior que me domina; me siento á merced de su influencia y vacilo, temo.... tiemblo.... y me horroriza pensar que mi recurso, mi gran esperanza, mi fuerte egida... el sacerdote... pudiera ser débil. Salvador lo contempla pequeño, no le impone, como si contara con algo superior á todas las trabas de este mundo.

Volvió Chona á leer la carta y en seguida exclamó:

—¡Bueno! esta carta revela más cabeza

que corazón; yo le temo á su amor, pero no á su filosofía; que siga siendo filósofo y yo seguiré siendo fuerte; finjiré que lo creo, obraré con astucia y tendré siempre espedita la retirada: él me hace concesiones, yo también voy á hacérselas y si siendo así que la resistencia exacerba el cariño, en no habiéndola, acabamos por ser indiferentes; eso así, acepto de lleno la garantía que me ofrece su fianza: en estos límites todo será espiritual y nada tendré que reprocharme.

—Estoy deseando ardientemente la llegada de Salvador: hoy nuestra sesión va á estar muy divertida y sobre todo voy á reírme mucho con su mentido espiritismo; ¡tiene unas cosas Salvador!

Poco tiempo tuvo que esperar Chona, pues antes de la hora de costumbre, se presentó Salvador.

—Chona..... dijo al entrar, dándole á esta palabra el acento de saludo y de pregunta á la vez.

—¡Salvador! dijo Chona tendiéndole la mano.

—¿La mano sí? preguntó Salvador sin tomarla.

—¿Qué?

—¿Me propone usted una transacción?

—Quiere decir que usted se había propuesto.....

—Ser espíritu.

—Pues hagamos de cuenta que los espíritus se dan la mano.

—Bueno, la acepto con todo mi corazón, exclamó Salvador, estrechando la mano de Chona, más como hombre que como espíritu.

Se sentaron en su rincón.

El amor tiene un modo localizado de ser.

Las golondrinas tienen una cornisa favorita: en todo el tiempo de sus amores y de la incubación, se paran en el mismo sitio.

Los enamorados tienen siempre su cornisa, solo que el hombre sabe forrarla de terciopelo y de brocatel, y ponerle resortes y otras cosas muelles.

Salvador y Chona ocupaban invariable-

mente, Salvador el sofá y Chona el sillón del lado derecho.

Allí estaban bien: los resortes del sofá sentían á Salvador y estaban más dóciles que sus compañeros de la izquierda.

El taburete de la derecha conocía los piés de Chona: había dos taburetes iguales, pero Chona no dejaba que le cambiasen el suyo, que conocía, no sabemos por qué.

La luz de los balcones hería el rostro de Salvador, mientras que Chona quedaba contra la luz, dando la cara á un magnífico grabado que representaba á Daniel respetado por los leones.

—Vamos á ver, dijo Salvador, ¿qué le ha parecido á usted mi carta?

—Muy rara.

—¿Por qué?

—Por el espiritismo.

—El espiritismo es muy raro en sí, como lo son todas las verdades que han dormido muchos siglos en el abismo de la ignorancia humana.

—La fé de usted me cae en gracia.

—Y la incredulidad de usted me deleita.

—¿No le impacienta á usted?

—No, al contrario, y estamos por lo tanto en muy buen terreno.

—¿Quiere decir que me permite usted todas mis armas para combatirlo?

—Todas.

—¿Hasta la risa?

—Hasta la risa; usted se ríe de una manera que me encanta.

—¿Ya empezamos?

—Positivamente, usted sabe reírse, y para tener un ejemplar de la risa de usted, no hay más fotografía que el amor.

Chona no se rió.

—Tiene otra particularidad la risa de usted y es, que siempre viene después de un momento en que se pone usted muy seria.

Chona se rió.

—¿Ya lo ve usted? dijo Salvador riéndose también.

—¿Todo lo ve usted! exclamó Chona.

—¿Por qué será?

WILLIAM W. BARTON & CO.  
"ALFONSO REYES"  
1425 MONTEREY, MEXICO

Chona no pudo contestar más que con una mirada.

—Volvamos á mi carta.

—Volvamos á la carta.

—Se reduce á esto: á que me diga usted que me ama.

—¿Traducción libre? preguntó Chona.

—Literal, contestó al punto Salvador; ¿hacemos la traducción?

—Sí, porque va á ser curiosa; al menos si ha de quedar probado que es literal.

—Una vez aceptada mi fianza, contestó Salvador, quedan á salvo todos los escrúpulos de conciencia.

—¿Todos?

—Sí, porque la dejo á usted vivir en su mundo, obedeciendo todos sus caprichos.

—¿Cuáles son esos caprichos?

—La fidelidad, el deber, la paz doméstica.

—Esas son leyes muy severas, no caprichos.

—Sean leyes severas; la dejo á usted bajo su influencia y bajo su protección; es usted libre aquí abajo.

—¡Qué raro es todo eso!

—¿Cree usted que el alma es inmortal?

—Seguramente.

—Lo que no sabe usted es esto: que su alma de usted y la mía, han existido antes de venir al mundo.

—¡Eso sí no lo comprendo!

—Yo sí; hay más, lo sé.

—¡Eso es mucho!

—Pues hay más todavía: lo siento en mí de una manera palpable, mi espíritu está pasando por una transformación, la he encontrado á usted en el mundo para que me revelara mi existencia anterior y para que me haga pensar en la futura; hasta hoy he estado siendo una negación, quiero decir, no me había dado cuenta de mí mismo, y he empleado mi vida en vivir: antes de conocer á usted me hacía temblar la muerte, y pensaba que el fin de mi vida, mi mismo *yo* pasaría á la otra perdiéndose... en un infinito desconocido y terrible; pero hoy, Chona, hoy está empezando mi regeneración espiritual, porque al ponerse mi alma

en relación con la de usted, he sentido á mi libertadora ofreciéndome el crisol de un amor imposible en el mundo, pero necesario para nuestra eternidad.

—¡Me va usted á volver loca!

—No lo temo; lo que podría temer es que se volviera usted ciega; pero poco á poco irá usted acostumbrándose á la luz, hasta ver el sol de la verdad frente á frente.

—Sí, ante todo, cuide usted de mis ojos, porque me son muy útiles.

—Le aseguro á usted que cada día verá mejor; y luego agregó Salvador, uniendo el hilo de su discurso: mi alma hubiera permanecido vacía si no hubiera conocido á usted, y esto, que es sin duda una frase de estampilla, y que acaso no habrá enamorado en el mundo que no la haya dicho, encierra, no obstante, una inexorable verdad y es ésta: amo por la primera vez en mi vida.

Chona se rió.

—Usted, continuó Salvador, no es la continuación de mi vida anterior, sinó el principio de la eterna; todas las mujeres que me

han amado, han tomado de mí la parte de mi sér transitorio en mi estado de negación, que concluyó antes de conocer á usted.

—Debo recordar á usted que nos conocemos hace mucho tiempo, y antes.....

—Antes no nos amábamos, es cierto; estaba yo acabando mi periodo; era yo otro, por eso estaba triste y hastiado, no me quedaba nada por saber, en la copa de mis placeres no quedaba ya ni una gota; ¿se acuerda usted de la licorera?

—Sí.

—Allí estaba mi copa seca, por eso no quise llenarla de nuevo; había acabado todo, todo; y quedó solo mi espíritu enlazado al espíritu de usted para siempre.

—Sobre que le digo á usted que me voy á volver loca!

—No haga usted ningún esfuerzo por comprenderme; dice usted que le divierten mis extravagancias; búrlese usted supuesto que le he dejado ese derecho.

Hubo una larga pausa.

—No puede usted reirse y lo desea; me

felicito por este síntoma, que me revela la fuerza de mis razones.

—No me río, porque la locura de usted es del género sublime y empieza por pasarme. ¿Cómo supo usted que he pensado consultar esto á mi confesor?

—Porque le ha espantado á usted la palabra espiritismo y empieza usted á escandalizarse.

—Me he decidido á tomarlo á pechos, y lo sigo á usted solo con la imaginación; por lo demás, me considero bastante dueña de mí misma.

—Tiene usted razón, tanto más cuanto que yo la ayudaré á usted en todo; he ofrecido respetar cuanto á usted pertenezca.

—Estoy segura de que ningún amante ofrecerá otro tanto.

—Es cierto, y esa es una señal de que empieza usted á comprenderme, y de esta manera acabará usted por amarme como yo la amo.

—Supuesto que usted cree, Salvador, que la cuestión consiste solo en el camino que

se elija, debo decirle á usted que para mí no es el medio sinó el resultado lo que me espanta; yo no debo amar á usted, porque cometería un crimen; no debo entregarle mi corazón, porque no me pertenece, y cualquiera que sean los argumentos de que usted se valga, y por sutiles y poderosas que sean las razones que pretenda usted darme, de todos modos hemos de venir á dar al punto de donde debo huír á toda costa; yo debo sacrificar mi amor y mi vida, si es necesario, al cumplimiento de mi deber.

Esta conversación, como las anteriores, fué interrumpida por haber sonado la hora en el reloj, hora que anunciaba la llegada de Carlos.

